

13

BREVE RESEÑA

DE LA

VIGESIMA PRIMERA PEREGRINACION

DE LA

IGLESIA DE QUERETARO

AL SANTUARIO DE LA MADRE DE DIOS,

MADRE Y REINA DE LOS MEXICANOS

MARIA SANTISIMA DE

GUADALUPE,

EN EL AÑO DE 1906.



Se imprime con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



QUERETARO.

TIP. DE D. CONTRERAS. (DESCANSO 1 BIS.)

1906.

BREVE RESEÑA

DE LA

VIGESIMA PRIMERA PEREGRINACION

DE LA

IGLESIA DE QUERETARO

AL SANTUARIO DE LA MADRE DE DIOS,

MADRE Y REINA DE LOS MEXICANOS

MARIA SANTISIMA DE
GUADALUPE,

EN EL AÑO DE 1906.



Se imprime con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



QUERETARO.

Tip. de D. Contreras. (Descanso 1 bis.)

1906.



Por la vigésima primera vez el pueblo queretano, dejando sus hogares, ha ido al Tepeyac á postarse á los pies de la que venera como Inmaculada, respeta como reina y ama como tierna y cariñosa madre. Reseñar este acontecimiento no parece sino una repetición de lo que en años anteriores se ha dicho, salvo algunas circunstancias accidentales: que este año no haya sido la peregrinación en la misma fecha que el pasado; que hoy haya sido nuestro amado Diocesano y no su Digno. Coadjutor quien celebrara de pontifical; que no fuese exactamente el mismo personal el que tomara parte en las augustas ceremonias: todo esto repito, á primera vista no parece de tanta importancia que merezca los honores de una reseña, cuyo objeto sea dejar un monumento de imperecedera memoria. Así le podrá parecer al mundo frívolo que, no teniendo en sus usos nada que de verdad le satisfaga, busca ansioso la novedad que siquiera le divierta: de ahí que nunca cese de inventar modas y costumbres, y que vea como ridículo y de poca ó ninguna estimación cuanto huele á antiguo; y por lo mismo exige una continua variedad de trajes, manjares y maneras, pareciéndole hoy inaceptable lo que ayer era de rigurosa etiqueta.

¡Cuán distinto es el espíritu religioso! Como nada tiene que no sea de la más alta significación y de suma importancia é inimitable belleza, ceda con el mayor empeño por la conservación de cuanto á él concierne.

Cualquiera inovación en su modo de ser le espanta, toda mutación le cuesta un sacrificio, y ve con recelo lo que no forma parte del precioso tesoro que en legítima herencia ha recibido de sus mayores: prudencia que, dejándole en libertad para aceptar lo bueno, le pone á cubierto de recibir lo malo.

Mas así como Dios es siempre antiguo y siempre nuevo, este espíritu religioso que en El tiene su principio y fuente, tampoco carece, en medio de su monotonía aparente, y de cierta austeridad de que se reviste, un no sé qué que le hace aparecer nuevo y, cada vez, más lleno de encanto. Inspiradas, sostenidas y fomentadas las peregrinaciones al santuario del Tepeyac por el espíritu de que venimos hablando, deben participar de esas preciosas cualidades: así debe de entenderlo nuestro Illmo. Prelado, pues vemos que no se preocupa por buscar nuevas formas con que excitar la devoción de su amada grey, sino que con el mismo silbo se hace escuchar de su rebaño, convidándole á salir del aprisco para ir á disfrutar de los deleitosos pastos que le proporciona la que es lirio de los valles puesto al alcance de todos.

Expedida, pues, la pastoral con fecha 20 del pasado mayo, fué escuchada con la acostumbrada alegría, y su primer éxito se manifestó en el numeroso grupo de fervientes guadalupanos que, presididos por el Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, emprendió el viaje á pie, saliendo de esta ciudad el día 23 del pasado junio.

Siempre hemos visto como un acto arrancado á la gastada salud del Señor Rosas, por el amor incomparable que profesa á Ntra. singular Guadalupeana, el que se resuelva á emprender año por año este largo viaje; porque nos consta (pues hemos teni-

do ocasión de ver cuánta es la dificultad que tiene aun para moverse) que por razón de la enfermedad que de tiempo muy atrás le aqueja, por la edad, el continuo trabajo y casi ninguna atención que le presta á sus dolencias, que sus males se han exacerbado en estos últimos años; pero en la ocasión presente parecé que se ha excedido á sí mismo, resolviéndose á partir sin que le acompañara Sacerdote alguno, lo cual significa la resolución que tenía de asumir en su sola persona la penosa carga de gastar en el confesonario las horas que debía consagrar á reponer las fuerzas perdidas en una jornada de siete á nueve leguas y aun de doce. No fué, sin embargo, enteramente solo; uniéronse en el camino los Sres. Pbro. D. Vicente Jiménez en Polotitlán, y D. Hospicio Ordóñez en S. Antonio Calpulalpan habiendo salido de Amealco éste último conduciendo otro grupo considerable de peregrinos que se incorporó al grueso de la romería.

A más de seicientos se nos dice que llegó el número de estos esforzados peregrinos, entre los cuales, por cierto, no hicieron falta personas de nuestra buena sociedad, que sin duda merecen más por el mayor sacrificio y cuyo buen ejemplo es de notoria edificación.

Entre tanto llega con la rapidez que caracteriza el trascurso del tiempo el deseado día 30 fijado para que saliera el grueso de peregrinos por la línea del Ferrocarril Central Mexicano.

Era de verse desde las primeras horas de la mañana la animación con que nuestros romeros iban tomando asiento en los ocho coches que integran el tren, hasta quedar enteramente llenos.

Partió el tren á las 6 de la mañana, é hizo su viaje sin ningún accidente desagradable, pero no queremos pasar en silencio un hecho que nos pa-

rece digno de mencionarse. Se va haciendo tierna costumbre que los peregrinos conducidos en el tren hagan un saludo á sus hermanos que paso á paso han recorrido ya siete jornadas y que, llenos de anhelo, ven muy próximo el término de sus sacrificios; ordinariamente este saludo dado á todo correr por medio de hojitas piadosas, ahora pudo hacerse con más detención, porque el tren se detuvo algunos momentos á petición del Sr. Cura de Sta. Ana.

En la misma mañana partió el Illmo Sr. Camacho por el tren de Guadalajara que pasa por esta ciudad á las once y minutos.

Nos parece oportuno consignar que, en esta vez el Illmo. Señor se había resignado á no emprender el viaje, porque se sentía imposibilitado á causa de su edad y de los achaques que de algún tiempo á esta parte le han puesto en estado lamentable; por lo que había dispuesto que lo representara el Illmo. Señor Rivera, mas á última hora, este Sr. se sintió indispuerto en su salud, y el Ilmo. Sr. Diocesano, temiendo se empeorara con los trastornos consiguientes á un viaje, determinó ir él mismo á la Peregrinación con grande sacrificio sin duda, pero con mucho alboroto, dado el entusiasmo que manifiesta por estas romerías. Parece que la Sma. Virgen, á la vez que deseaba dar este consuelo á su siervo que tanto ha contribuido para la propagación de su culto, quería ella misma tener el placer de verle postrado á sus plantas en aquel lugar que se dignó escoger para prodigar con más profusión sus gracias y dispensar sus favores.

El día 2 á las 6. 30 a. m. entró solemnemente en la Basílica la peregrinación á los acordes del *Pues concebida*, cuyas notas, cual si fuesen un toque eléctrico, hacen vibrar de emoción todos los corazones y derramar tiernas lágrimas en ocasio-

nes como la que venimos reseñando. Portaban el estandarte, bajo el que era conducida la peregrinación, los Sres. Pbro. D. Ezequiel Contreras, Lic. D. Faustino Sánchez y D. Honorato Herrera: recorrido el espacioso ámbito de la Basílica y llegado el Illmo. Sr. Obispo al presbiterio, después de una brevísima exhortación en que recordó los principales fines de la peregrinación, se saludó á la Sma. Señora con la ant. *Salve Regina* y los dísticos del Sr. León XIII. Inmediatamente después los Sres. Diác. D. Petronilo Uribe y Minta. D. Salvador Salazar hicieron la colecta de las ofrendas, recogiendo la cantidad de \$ 351 00, óbolo que en medio de nuestra pobreza ofrecemos á la que reconocemos por Reina.

A las 7 30. a. m. después de la procesión, comenzó la misa pontifical en que ofició el Illmo, y Rmo. Señor, siendo Pbro. Asistente el M. I. Sr. Arcediano, y Diáconos de honor el Sr. Cango. Dr. D. Jesús M. Barbosa, quien con el expresado Sr. Arcediano integró la comisión del Cabildo, y el Sr. Pbro. Lic. D. Faustino Sánchez; los Sres. Pbro. D. Alberto Luque y D. Antonio Hernández fueron los ministros de la misa, servían la mitra y el báculo los Sres. Diács. D. Rafael Hurtado, actual Maestro de Aposentos en el Seminario y D. J. Reyes Morales. A su debido tiempo ocupó la cátedra sagrada el Párroco de Sta. Ana, Sr. Pbro. D. Alberto Gorráez, siendo acompañado al púlpito por el Sr. Pbro. D. Hospicio Ordóñez.

Excusamos emitir nuestro juicio acerca del sermón, porque los lectores podrán apreciarlo por sí mismos.

La Comisión del Seminario formada por treinta alumnos de sus diversas clases prestó los servicios menores en la misa pontifical.

Además de los Sres. Sacerdotes que hemos mencionado se hallaron presentes el Sr. Cura Pbro. D. Tomás Maciel, y los Sres. Pbro. D. Ignacio Gutiérrez, D. José M. García, D. Luis Hernández, D. Vicente Jiménez, D. Hospicio Ordóñez, D. Honorato Herrera, D. José Martínez, D. Aureliano Silis, el R. P. Mercedario D. Juan Escobar, últimamente llegado á esta población y cuatro Sacerdotes de la Congregación del I. Corazón de María, cuyos nombres nos son desconocidos.

Numerosos eran los fieles que asistían devotos elevando sus plegarias con un solo corazón á la que es Madre común de todos los cristianos, pero que ha manifestado especial ternura por los mexicanos, y sin duda alguna que la Sma. Señora prestaría oídos atentos á los piadosos romeros.

El coro fué desempeñado por el orfeón que dirige el Sr. D. Agustín González, del que no necesitamos hacer elogios, que pudieran parecer interesados, pues se ha captado en más de una vez valiosas alabanzas de personas entendidas en la materia, y entre su personal cuenta con Profesores como D. Silverio Martínez, Ing. D. Edmundo de la Isla y D. Julio Viderique.

Las partes variables de la misa fueron ejecutadas en canto Gregoriano; se cantó la misa *in honorem Sti. Philipi a Jesu* á 4 voces desiguales del P. Velázquez y después del ofertorio la ant. *Elegite sanctificavi* á 3 voc. desiguales, del mismo autor, causando singular buen efecto el Credo, que en nuestro humilde concepto es bellissimo.

Sinceramente lamentamos que no haya sido suficientemente concurrido el ejercicio vespertino que tuvo lugar á las 5 p. m. en que se rezó el Rosario cantándose al fin de cada misterio el motete *Con bellas estrofas*, á 4 voc. desig. de A. Gonzá-

lez á cuyo término entonó la Salve el M. I. Sr. Arce-diano y la continuó el coro con la melodía de canto gregoriano.

El día 3 á las 7 a. m. se cantó la misa de acción de gracias en que ofició el repetido Sr. Arce-diano acompañado de los Sres. Pbro. Lic. D. Faustino Sánchez y D. José Martínez. Al Kyrie, Gloria, Credo, Benedictus y Agnus resonaron las majestuosas bóvedas de la Basílica con las hermosas melodías gregorianas de la Misa de *Angelis ex Kyriale Romano juxta editionem vaticanam*: es inútil decir que fueron perfectamente ejecutadas y que inspiraron recogimiento á todos los asistentes. Fué este el último acto oficial con que se dió por terminada la peregrinación, que esperamos haya producido muy copiosos frutos tanto en el orden espiritual como en el temporal. Ciertamente que nuestras necesidades son muy grandes en uno y en otro orden pues si nuestros campos padecen una prolongada sequía, que año por año va en aumento con todos los daños consiguientes, no menor sequía experimentan los corazones.

El cielo se nos muestra de bronce, y esta iglesia que no ha mucho parecía un hermoso vergel, hoy se va convirtiendo en un erial horroroso. Pero es María nube cargada de frescas y fecundas aguas y con nuestros ruegos, si son fervientes y á la vez constantes, podemos alcanzar que bondadosa las derrame sobre sus sedientos hijos.

Ya no podemos dudar que Dios está muy indignado con nosotros, quizá porque ingratos como el pueblo de Israel, ni hemos sabido gustar el sabroso maná que nos llovía abundante, prefiriéndole los groseros ajos y cebollas, ni apreciar debidamente los singulares portentos que en nuestro favor ha obrado; pero aun tenemos en medio de nosotros el

Arca Santa y si nuestro incienso es puro y el fuego no es profano, podremos aplacar su justa indignación.

Cascada se encuentra ya nuestra navecilla á impulso del terrible huracán que el espíritu infernal ha suscitado; pero nos consuela que, aun en medio de esta deshecha tempestad, todavía tenemos fijos los ojos en esa Estrella que nos señala S. Bernardo, como segura salvaguardia en todos los peligros.



SERMÓN

PREDICADO EN LA BASÍLICA

DE

SANTA MARIA DE GUADALUPE

EL DIA 2 DE JULIO DE 1906,

EN LA SOLEMNE FUNCION QUE CELEBRO

LA

DIÓCESIS DE QUERÉTARO

CON MOTIVO

DE SU VIGESIMA PRIMERA PEREGRINACION,

POR EL SEÑOR PRESBITERO

Don Alberto Gorráez,

CURA PARROCO DE SANTA ANA Y EL ESPIRITU SANTO

DE LA MISMA CIUDAD DE QUERÉTARO.

Se imprime con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



TIP. DE DEMETRIO CONTRERAS—QUERÉTARO—1906.



Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius.

Sap. Cap. VII, v. 11.

Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas.

Sag. Lib. de la Sabiduría, Cap. VII, v. 11.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Muy Ilustre y Venerable Cabildo:

Carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

JAMÁS podrá nuestra débil razón alcanzar á comprender las perfecciones infinitas de Dios. Ser eterno por naturaleza, atesora en su propia esencia cuanto es necesario para constituir la verdadera felicidad. Dios existe *ab æterno*, como existirá en la duración interminable de los siglos, siempre feliz, siempre bienaventurado, gozando de lleno las infinitas perfecciones de su divina esencia.

Las operaciones de Dios *ad extra* han servi-

do, según aquella frase de S. Pablo: *Invisibilia Dei per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur* [1], para darnos una idea, en cuanto podemos tenerla en esta región de tinieblas, de las riquezas infinitas que atesora la Divinidad.

Admiramos su poder en la creación del universo, ejecutada en seis misteriosos días; su sabiduría, en los planes divinos de su Providencia, y su amor es el carácter distintivo de sus operaciones: éste es el fuego sagrado que ha puesto en actividad, respecto del hombre, todos los atributos divinos, encaminándolos á la creación de cuanto existe en el orden de la naturaleza, de cuanto se nos concede en el orden de la gracia y de cuanto hay preparado en el orden de la gloria.

En efecto, carísimos hermanos míos, movido Dios de su infinita caridad, *In charitate perpetua dilexi te* [2], llevó á cabo la creación del universo, no siendo otro el motivo de la encarnación del Verbo Eterno para la regeneración del hombre: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret* [3], ni otro tampoco el móvil que Dios tuvo para disponer á sus escogidos los eternos consuelos de la gloria.

Y ¿quién podrá considerar en un momento todas estas misericordias divinas, cuándo el rey David se prometía la eternidad para alabarlas? *Misericordias Domini in æternum cantabo* (4). ¿Quién será capaz de abarcar en una sola mirada el admirable número de obras que han ejecutado el poder y la sabiduría de Dios, movidos estos atri-

[1] Ad Rom. Cap I v. 20.

[2] Jer. Cap XXXI v. 3.

[3] Joan. Cap. III v. 16.

[4] Psalm. LXXXVIII. v. 2

butos infinitos por el amor y por la misericordia del Altísimo para con el hombre?

En la imposibilidad de considerar todas las maravillas que Dios ha hecho para nuestro bien, fijemos nuestras miradas en la obra más grandiosa del poder divino, y decidme desde luego: ¿hallaremos, por ventura, idea más sublime, (si así podemos llamarla) designio más elevado, obra en que más resplandezcan los atributos divinos, que en habernos destinado el Altísimo para gozar de su felicidad? *Et in lumine tuo videbimus lumen* (1); en hacernos sus hijos, coherederos de la misma gloria de Cristo? *Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi* (2).

¡Ah, Señores, ! he aquí la idea, el designio y la obra que arrancó más que de los labios del corazón del Salmista aquellas célebres palabras: *Dii estis et filii Excelsi omnes, Vosotros sois dioses, é hijos del Altísimo* (3).

¿Y habéis considerado cuál es el medio más eficaz, escogido por la bondad de nuestro Dios, para la consecución de este altísimo fin? Es, á no dudarlo, el haber puesto en las manos de María, Madre de Dios y de los hombres, todas las bendiciones y las gracias, constituyéndola depositaria de los tesoros celestiales, medianera entre Dios y los hombres, abogada y refugio de los pecadores, para que distribuya con mano liberal y tierno corazón de madre cuanto necesitamos para conseguir el cielo.

Mas ¡oh bondad infinita de Dios para con México, mi amada patria! ¡Oh suelo bendito! Só-

[1] Psalm. XXXV. v. 10.

[2] Ad Rom. Cap VIII v. 17

[3] Psalm. LXXXI v. 6.

lo de tí se ha dicho lo que lleno de júbilo cantó el rey David cuando contemplaba en espíritu los beneficios que se habían dispensado al pueblo de Israel: *Non fecit taliter omni nationi* [1].

Sí, de un modo singular se dignó el Altísimo en su misericordia darnos á su Santísima Madre, y con ella todo género de bendiciones y de gracias. Esta consideración ha hecho venir á mis labios aquellas palabras con que Salomón explicó el origen de su grandeza, refiriéndose á la Sabiduría: *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas*; palabras, que con toda propiedad, puedo aplicar á la Santísima Virgen, en la proposición siguiente: *Dios ha puesto para los mexicanos, en María de Guadalupe, todos los auxilios de la gracia para conseguir la gloria.*

¡Oh María llena de gracia! Iluminad mi entendimiento, moved mi lengua, para cantar dignamente vuestras alabanzas. Bien comprendo, Señora y Madre mía, que no debiera ser yo, el último de vuestros hijos y el más indigno de los ministros del Altísimo, quien ocupara esta sagrada cátedra en la solemnidad que te dedica hoy la Iglesia de Querétaro; pero bien sabes que la única razón que me ha traído á este lugar es la obediencia á mi dignísimo Prelado.

Que mi indignidad, ¡oh Madre de misericordia! no impida á tu bondadoso corazón derramar abundantemente sobre tus fieles hijos de Querétaro, las gracias que tienes ya preparadas para enriquecer sus almas. Haz ¡oh Virgen poderosísima! que la verdad que voy á demostrar quede

[1] Psalm CXLVII. v. 9.

profundamente impresa en nuestro corazón, para que se aumente cada día nuestro amor y nuestra confianza en Ti, como dispensadora de las gracias que nos han de conducir al cielo. Así te lo pedimos, saludándote reverentes con el Arcángel.

AVE MARIA.

Hay una verdad, carísimos hermanos míos, grabada profundamente en la conciencia de todos los pueblos, y que viene á ser hoy de cierto modo en el orden religioso, como los primeros principios en el orden de la ciencia, ó como aquellas verdades del orden natural tan claras y evidentes por sí mismas, que vasta su enunciado, para arrebatar el asentimiento de la inteligencia. Necia pretensión sería querer probar la existencia del sol, cuando está hiriendo diariamente nuestros ojos con sus luminosos rayos. Así, de esta especie, es una de las verdades que acabo de pronunciar: de ella pueden dar testimonio todas las generaciones humanas desde Adán, hasta el último de los hombres, porque la historia de cada individuo, de cada familia y de cada nación no es otra que la historia de los beneficios, de los favores y de las gracias que Dios misericordioso y bueno se ha dignado dispensarnos por intercesión ó por conducto de la siempre Virgen María.

En efecto: esta verdad la vemos en el tiempo de la ley natural, impresa en el corazón humano, casi tan profundamente como las nociones del bien y del mal. Adán, después de las palabras de maldición y de muerte, con que castigó el Señor su desobediencia en el Paraíso, tuvo por único consuelo en su desgracia, la esperanza en el cumplimiento de aquella promesa del Altísimo: *Inimici-*

tias ponam inter te et mulierem . . . ipsa conteret caput tuum, Pondré enemistades entre ti y la mujer ella quebrantará tu cabeza [1]. Esta fué, Señores, la palabra, ó mejor dicho, la creencia religiosa que mantuvo la vida del hombre en aquellos tiempos en que aun brotaban sangre las heridas que nos causara el pecado original: el advenimiento de una mujer privilegiada, que humillando la cabeza de la serpiente nos reengendrara á la vida de la gracia, devolviéndonos cuanto habíamos perdido con el pecado: he aquí la única herencia consoladora que Adán pudo legar á sus descendientes, entre tantas lágrimas de dolor como habían de señalar nuestro paso por esta tierra de miserias: desde entonces, pues, se esperaba en el mundo una criatura sobre toda ponderación grande que sirviera de medio entre el hombre culpable y Dios misericordioso, para devolvernos las excelencias de la gracia y por ende los derechos á la gloria. *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas.*

En la ley escrita fué más evidente esta verdad, al modo que podía serlo en las circunstancias de aquellos tiempos, por cuanto á que Dios se dignó revelarla hasta por signos y figuras entrelazados íntimamente con la historia del pueblo hebreo. Mandó Dios á Moisés que construyera el propiciatorio de oro purísimo, anunciándole que en lo sucesivo había de hablarle desde allí [2]. Y ¿quién no ha sabido que aquel propiciatorio significaba la Inmaculada Virgen María, por medio de quien Dios hablaría á los hombres, y les concedería el

[1] Gen. Cap. III v. 15.

[2] Exod Cap XXV—vers 17 y 22

perdón y las gracias? [1]

A medida que transcurren los siglos, acercándose el tiempo de cumplir promesa tan consoladora, hace Dios que aparezcan sobre la tierra aquellos hombres justos llenos de su divino espíritu, para que no obstante las vicisitudes que ha de sufrir Israel, conozca de antemano el gran misterio con que el Todopoderoso cumplirá su promesa. Y los profetas del Dios de los ejércitos no se limitan únicamente á consignar en sus escritos las circunstancias de la futura venida del Mesías, sino más bien parece que su amor descansa con inefables transportes de júbilo en las glorias de la Virgen que ha de dar á luz á un Dios.

Oigamos á David, el descendiente de la tribu de Judá, el sublime pastorcillo que llegó á ser el rey de la nación heredera de las promesas: *La gloria principal de la hija del Rey, está puesta en su interior* (2). *Escucha, hija, mira y presta tu oído, olvidate de tu pueblo y el rey se prendará de tu hermosura.* (3). *El Señor ha consagrado su tabernáculo* (4). Y ¿quién ignora que en las palabras citadas, y en otras muchas de los sagrados himnos de David, descubrió la Iglesia, por sus Doctores y sus Pontífices, una serie de oráculos proféticos sobre el destino de la Madre de Dios?

Interminable labor sería citar las palabras todas con que los profetas de ley figurativa, anunciaron al mundo las especiales gracias que habíamos de recibir los hombres por aquella Virgen que había de dar á luz un hijo cuyo nombre sería Em-

[1] Paccius. exc. in Salut Ang.

[2] Psalm. XLIV v. 14.

[3] " " v. 12.

[4] " XLI v. 5.

manuel (1): baste decir concretando á una sola frase cuanto desearon los patriarcas y cuanto esperaron los profetas, que la Madre del Dios Salvador era reconocida desde aquellos tiempos como la dispensadora de todos los bienes, y que su venida sería el principio de una nueva era de bendición y de gracia. *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas.*

Ahora en el tiempo de la ley de gracia, en que la realidad del misterio ocupa el lugar de las sombras y figuras de cuarenta siglos, puede decirse que el dogma fundamental del cristianismo, ó por lo menos, la primera verdad revelada por Dios al género humano en orden á su reparación, es la predestinación de la Santísima Virgen María á la dignidad más augusta que puede imaginarse, en virtud de las especiales gracias con que la enriqueció el Altísimo.

Pudo en verdad el mensajero celestial haber puesto en sus labios, para saludar á la Virgen de Nazareth otras expresiones que el *Ave gratia plena* (2), si no hubiera querido manifestarnos que en aquella Virgen *bendita entre las mujeres* (3), más era de llamar la atención el infinito número de gracias que adornaban su alma, que la sublime dignidad de Madre de Dios, que venía á anunciarle.

La confirmación, Señores, de la palabra del Arcángel, no es otra que la experiencia de las generaciones humanas en el dilatado espacio de veinte siglos: ahí tenéis los testimonios de los Padres y Doctores de la Iglesia, diciéndonos á una voz: que

[1] Isai. Cap. VII v. 14.

[2] Luc. Cap. I, v. 38.

[3] „ „ I, v. 42.

en la actual Providencia de Dios ningún bien se nos concederá que no venga de las manos de María [1]; que ella es la tesorera de los bienes celestiales, y que únicamente por su mediación ha de recibir el mundo todas las gracias [2]; que ha sido constituida depositaria de las riquezas del Señor de todo lo criado, para distribuir las liberalmente entre los miserables [3].

Con razón, Señora, cuando te dignaste venir á nuestro pobre suelo nos vinieron contigo todos los bienes, y hemos recibido por tu medio innumerables riquezas.

Gloriense otras naciones de haber llegado á conocimiento del verdadero Dios, recibiendo la fé por medio de alguno de los discípulos del Salvador; nadie, empero, podrá gloriarse como México, de haber salido de las tinieblas de la idolatría á la luz de la religión verdadera, por el benéfico Apostolado de la Madre de Dios.

Diez años, después de la conquista de México por Hernán Cortés, llevaban los celosos misioneros de predicar el Evangelio, en estas regiones del Anáhuac, sin que pudieran tener completo éxito sus trabajos apostólicos, ya fuera por lo reducido del número de aquellos conquistadores espirituales de las almas, ya porque tropezaban con una dificultad casi insuperable, cual era la ignorancia del idioma de los indios, ó bien por lo dilatado del campo que se ofrecía á su celo; el hecho es que hasta aquella época (año de 1531) los sacrificios humanos eran todavía el culto más sagrado de las divinidades que adoraban los habitantes del Nuevo

[1] S. Bernard. Serm. III in Virg. nat.

[2] S. Bonav. Serm. de Contempl. Virg. in Prol.

[3] S. Antonin. In praef. Contempl. B. M.

Mundo. Mas apenas aparece en el Tepeyac la Santísima Virgen María, revelándose como *Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, Señor del cielo y de la tierra*, ofreciendo que en este sitio se mostraría *Madre piadosa de los Mexicanos y que oiría sus lágrimas y gemidos, dándoles consuelo y alivio*, cuando, vencidas las dificultades que dejo indicadas, la fe católica se difunde por esta dilatada región con la celeridad de la chispa eléctrica desprendiéndose de la nube: aun no estaba concluido el primer templo que le dedicara la piedad de los fieles, cuando multitudes incontables de indios venían á los misioneros, solicitando el bautismo para hacerse acreedores á las gracias que iba á distribuir la Virgen aparecida en el Tepeyac, dejando juntamente con el hombre viejo sus instintos sanguinarios y bárbaros, para revestirse, en la gracia de Jesucristo, de las virtudes propias de los hijos de Dios.

¡Oh, Señores, qué espectáculo tan agradable presenta nuestra patria después de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe! Hase cumplido por segunda vez la profecía de Isaías: *Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam, El pueblo que andaba entre tinieblas vió una gran luz* (1), la luz de la fe, de la revelación y de la verdad, que, iluminando las inteligencias y los corazones de nuestros antepasados, les enseñó á buscar la verdadera gloria en el cielo, los verdaderos bienes en la práctica de la virtud.

Aquí fuera lugar, si no temiera abusar de vuestra atención, de traer á nuestro recuerdo las luchas formidables que se han empeñado por el espíritu del error en contra de nuestra fe, y también lugar se ría

[1] Isai. Cap. IX v. 2.

de señalar la decidida protección que nos ha dispensado siempre la Santísima Virgen de Guadalupe para conservar incólume esa misma fe: baste decir, que la historia de los acontecimientos religiosos y de muchos de los políticos verificados en nuestra patria, nos ha inculcado la verdad que estoy predicando.

He dicho, Señores, que en María de Guadalupe se nos han puesto todos los auxilios de la gracia para conseguir la gloria; he dicho que todos los bienes nos han de venir por su conducto; he fijado vuestra atención tan sólo en el orden espiritual considerando á esta celestial Imagen como el conducto de que se valió Su Divina Majestad para traer y conservar la fe en este privilegiado suelo.

¿Queréis que vuestros ojos vean y vuestras manos palpén las bondades de esta dispensadora de todos los bienes, en el orden temporal? Levantad vuestras miradas (os diré como se le dijo á Abraham, cuando el Señor quiso indicarle la multitud de sus descendientes): contad, si podeis, las estrellas del cielo; reducidme á número las arenas del mar; y si esto fuere posible á vuestro empeño, acometeré la empresa de contar los milagros que nos ha dispensado la Soberana Madre de Dios en su maravillosa advocación de Guadalupe.

Oh piadosísima Virgen Maria puedo decirte con S. Bernardo: Hasta hoy no se ha dicho, ni se dirá jamás que no hayas escuchado las súplicas de los que te invocan, ni menos en este lugar que elejiste y santificaste con tu presencia, ofreciendo que tus ojos estarían abiertos y atentos tus oídos para escuchar los ruegos de los que aquí te imploran (1).

[1] Paralip. Cap VII v. 15

Los grandes acontecimientos religiosos verificados en México desde el principio del siglo XVI están ligados íntimamente con el culto guadalupano, y muchos de ellos, como el juramento del patronato en 1737, son los grandes monumentos con que las generaciones pasadas quisieron significar su gratitud y reconocimiento á la Santísima Virgen del Tepeyac, por los singulares beneficios que recibieron de su bondadoso corazón. Con este carácter pasará también á las generaciones venideras el faustísimo acontecimiento que presenciamos en esta Basílica el 12 de Octubre de 1895: la solemne Coronación de la Augusta Soberana de México es el insigne monumento que nuestra gratitud ha levantado á su ilimitada generosidad, poniendo á su base, para conocimiento de nuestros descendientes, esta inscripción: *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella y he recibido por su medio innumerables riquezas.*

No sin razón los Obispos de México, puestos por Dios para gobernar su Iglesia (1), han visto que el medio más eficaz para conducir al cielo las almas confiadas á su cuidado, es la devoción sincera á la Virgen Santísima de Guadalupe; y con este motivo trabajan y se empeñan celosamente, por infundir esta verdad en el ánimo de los fieles, no omitiendo sacrificio alguno porque las festividades guadalupanas revistan la mayor solemnidad, organizando piadosas peregrinaciones á este Santuario, á donde siempre nos trae ó la obligación de agradecer algún beneficio recibido, ó el implorar remedio para nuestras necesidades.

Mientras nuestra confianza esté puesta en María de Guadalupe, serémos objeto de sus mise-

[1] Act. Cap. XX, v. 28.

ricordias y de sus bondades; su maternal corazón cuidará de nosotros en la vida con la solicitud y empeño con que la madre atiende las necesidades del fruto de sus entrañas, y hará también que nuestra peregrinación por esta tierra de miserias quede señalada por las huellas de virtud en el camino que conduce al cielo.

Ahora ¡oh piadosísima Virgen María! ¡oh Soberana Madre de Dios! ¡oh Augusta Reina del pueblo mexicano! Aquí tienes á tus hijos, los fieles de la diócesis de Querétaro, que llenos de fe y confianza en tu bondadoso corazón vienen, muchos de ellos con gran sacrificio, á exponerte las penas que los afligen. Oye, pues, ¡oh benignísima María! las plegarias y los ruegos con que ardentemente te pedimos aumentes entre nosotros el número de ministros del Santuario, haciéndolos por tu bondad, dignos operarios del celestial Padre de familias, para que trabajando celosamente coadyuven contigo á la salvación de las almas. En el orden temporal, ¡oh Virgen llena de misericordia! también te son conocidas nuestras necesidades, remédialas con la solicitud y el empeño con que remediaste en Caná de Galilea la pena de los esposos, haciendo que se adelantara por tu intercesión la hora señalada en los consejos eternos para el primer milagro del Salvador del mundo. Olvida ¡oh Señora! la criminal ingratitud con que hasta hoy hemos correspondido á tus inefables misericordias, recuerda tan sólo que somos tus hijos, llénanos de gracias en el tiempo para que seamos bienaventurados en la eternidad, en donde te alabaremos sin cesar, diciendo: Todos los bienes me vinieron por María de Guadalupe, y por su medio he recibido el premio eterno de la gloria. Así sea.



